

bien ellos cayeran en la admiración en que los demás cayeron, ni ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada.

El primero que se llegó al oído de la cabeza fué el mismo Don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida:

—Dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo ahora? Y la cabeza le respondió sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razón:

—Yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y más viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no había persona humana que responder pudiese.

—¿Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar Don Antonio, y fué respondido por el propio tenor, paso:

—Estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos, y dos amigas de ella, y un caballero famoso llamado Don Quijote de la Mancha; y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre.

Aquí sí que fué el admirarse de nuevo: aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose Don Antonio de la cabeza, dijo:

—Esto me basta para darme á entender que no fui engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y preguntéle lo que quisiere: y cómo las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber; la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de Don Antonio, y lo que le preguntó fué:

—Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? y fué le respondido:

—Sé muy honesta.

—No te pregunto más, dijo la preguntante. Llegó luego la compañera, y dijo:

—Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondióle:

—Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada, diciendo:

—Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta, porque en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio y preguntóle:

—¿Quién soy yo? Y fué respondido:

—Tú lo sabes.

—No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú.

—Si conozco, le respondieron, que eres Don Pedro Noris.

—No quiero saber más, pues esto basta para entender, oh cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose llegó el otro amigo y preguntóle:

—Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo?

—Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso, te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte.

—Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto más. Llegóse la mujer de Don Antonio, y dijo:

—Yo no sé, cabeza, qué preguntarte: sólo querría saber de ti si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondióle:

—Si gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego Don Quijote, y dijo:

—Dime tú el que respondes, ¿fué verdad, ó fué sueño, lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?

—A lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho irán despacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecución.

—No quiero saber más, dijo Don Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las aventuras que acontare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué:

—Por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrechez de escudero? ¿volveré á ver á mi mujer y á mis hijos? A lo que le respondieron:

—Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella verás á tu mujer y á tus hijos, y dejando de servir dejarás de ser escudero.

—Bueno, por Dios, dijo Sancho Panza, esto yo me lo dijera, no dijera más el profeta Perogrullo.

—Bestia, dijo Don Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta?

—Si basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara más, y me dijera más. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabían.

El cual quiso Cide-Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso el mundo, creyendo que algún hechicero y extraordinario

misterio en la tal cabeza se encerraba; y así dice que Don Antonio Moreno, á imitación de otra cabeza que vió en Madrid fabricada por un estampero, hizo ésta en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fábrica era desta suerte:

La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe,



y el pie sobre que se sostenía era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salían para mayor firmeza del peso.

La cabeza, que parecía medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y á más ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente que ninguna señal de juntura se parecía.

El pia de la tabla era asimismo hueco, que respondía á la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venía á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pia, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida, se encaminaba un cañón de hoja de lata muy justo, que de nadie podía ser visto.

En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponía el que había de responder, pegada la boca con el mismo cañón, de modo que á modo de cerbatana, iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y desta manera no era posible conocer el embuste.

Un sobrino de Don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual estando avisado de su señor tío de los que habían de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demás respondió por conjeturas, y como discreto discretamente.

Y dice más Cide Hamete, que hasta diez ó doce días duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que Don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondía, temiendo no llegara á los oídos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciera, y no pasase más adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase.

Pero en la opinión de Don Quijote y de Sancho Panza, la cabeza quedó por encantada y por respondona, más á satisfacción de Don Quijote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad, por complacer á Don Antonio y por agasajar á Don Quijote, y dar lugar á que descubriera sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis días, que no tuvo efecto por la ocasión que se dirá adelante.

Dióle gana á Don Quijote de pasear la ciudad á la llama y á pie, temiendo que si iba á caballo le habían de perseguir los muchachos, y así él y Sancho con otros dos criados que Don Antonio le dió, salieron á pasearse.

Sucedió, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos Don Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: "Aquí se imprimen libros;" de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto imprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese.

Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, emendar en aquella, y finalmente, toda aquella máquina que en las imprentas grandes se muestra.

Llegábase Don Quijote á un cajón, y preguntaba qué era aquello que allí se hacía: dábanle cuenta los oficiales, admirábase y pasaba adelante. Llegó en otras á uno, y preguntóle qué era lo que hacía. El oficial le respondió:

—Señor, este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estáyle yo componiendo para darle á la estampa.

—¿Qué título tiene el libro? preguntó Don Quijote. A lo que el autor respondió:

—Señor, el libro en toscano se llama "Le bagatelle."

—¿Y qué responde "Le bagatelle" en nuestro castellano? preguntó Don Quijote.

"Le bagatelle," dijo el autor, es como si en castellano dijésemos los juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

—Yo, dijo Don Quijote, sé algún tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mío (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no más), ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar "pignata?"

—Sí, muchas veces, respondió el autor.

—¿Y cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó Don Quijote.

—¿Cómo la había de traducir, replicó el autor, sino diciendo "olla?"

—Cuerpo de tal, dijo Don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano "piace," dice vuesa merced en el castellano "place," y adonde diga "più," dice "más," y el "su" declara con "arriba," y el "giù" con "abajo."

—Sí declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias.

—Osaré yo jurar, dijo Don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podía ocupar el hombre, y que menos provecho le trajeren.

Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su "Pastor Fido," y el otro Don Juan de Jáuregui en su "Aminta," donde felizmente ponen en duda cuál es la traducción, ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced, ¿este libro imprimese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algún librero?

—Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera impresión, que ha de ser

de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en cada las pajas.

—Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió Don Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante.

—¿Pues qué, dijo el autor, quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama.

—Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió Don Quijote, y pasó adelante á otro cajón, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba "Luz del Alma," y viéndole, dijo:

—Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos deslumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título, le respondieron que se llamaba la "Segunda parte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha," compuesta por un tal, vecino de Tordesillas.

—Ya yo tengo noticia desta libro, dijo Don Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvo por impertinente; pero su San Martín se le llegaré como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de delectables, cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas; y diciendo esto, con muestras de algún despecho se salió de la imprenta, y aquel mismo día ordenó Don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa de que en su vida las había visto.

Avisó Don Antonio al cuatralbo de las galeras cómo aquella tarde había de llevar á verlas á su huésped el famoso Don Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralbo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

